

La vivienda como lugar de combate (II)

ALFREDO APILÁNEZ :: 13/07/2025

Lucha de clases en la ciudad neoliberal :: La renovación y la "limpieza" de los "sitios con carisma", mediante la expulsión de la población residente, es un fenómeno urbano global

"Un día caminé con uno de esos hombres de clase media por Manchester. Le hablé sobre la deplorable e insalubre situación de las barriadas; llamé su atención sobre las espantosas condiciones de esa parte de la ciudad en la que vivían los obreros industriales. Le declaré que jamás había visto una ciudad tan mal construida en toda mi vida. Él me escuchó pacientemente y en la esquina en la que nos separamos me dijo: "Y no obstante, aquí hay muchas oportunidades para hacer negocio. Muy buenos días, señor"

Friedrich Engels, "La condición de la clase obrera en Inglaterra"

"¡Lucha de clases, lucha de clases, que muera la escoria yuppie! ¿De quién es este puto parque? ¿De los yuppies y los ricachones inmobiliarios? ¡No! ¡Este es nuestro puto parque!"

Las "amistosas" proclamas previas fueron proferidas durante los violentos disturbios ocurridos en la noche del 6 de agosto de 1988, tras el expeditivo intento de desalojo policial del Parque Tompkins Square, situado en el corazón de la isla de Manhattan. El geógrafo Neil Smith relata la convulsa historia del parque en su aclamado libro "La nueva frontera urbana", considerado uno de los estudios fundacionales del fenómeno de la gentrificación urbana. En un enorme cartel de la multitudinaria movilización, cuyo objetivo era impedir que el parque fuera cerrado en horario nocturno por el ayuntamiento, expulsando a los sintecho que dormían allí y a los colectivos que organizaban conciertos y actividades lúdicas, podía leerse la siguiente declaración: "¡La gentrificación es lucha de clases!".

El lugar era considerado por las clases pudientes neoyorquinas, durante los años 70 y 80, como un paradigma de la degradación urbana debido, como explica Smith, al abandono deliberado por parte de la administración municipal y a la estigmatización de los tabloides y de los poderes fácticos de la ciudad.

Sin embargo, todo cambió de un día para otro: "Después de haber sido largamente abandonado a la clase trabajadora en medio de la expansión suburbana de postguerra, cedido a los pobres y desempleados como reserva de minorías raciales y étnicas, de un día para otro, este terreno del centro de la ciudad volvía a ser valioso, perversamente rentable".

¿A qué se debió el repentino atractivo del parque para los agentes público-privados que dirigían el desarrollo urbano neoyorquino?

"La ciudad trataba de domar y domesticar el parque a fin de facilitar la ya rampante gentrificación: los yuppies y los magnates inmobiliarios le habían declarado la guerra a la gente del Tompkins Square Park".

Tras una numantina resistencia popular, que convirtió el parque en el símbolo de las luchas vecinales y de la ebullición de formas de vida alternativas contra la incipiente

"domesticación" del barrio, la nueva frontera urbana fue conquistada definitivamente en junio de 1991:

"Tras una célebre batalla campal que convirtió el parque en el último reducto contra la gentrificación, la policía desalojó expeditivamente a los sintecho y cerró el parque durante meses para someterlo a una 'renovación integral' (...). Mientras tanto, el alcalde hizo referencia a Tompkins Square como un 'pozo negro', responsabilizando de los disturbios a 'grupos anarquistas'. El presidente de la Asociación de Beneficencia de la Policía afirmó con entusiasmo que los responsables de los enfrentamientos eran 'parásitos sociales, drogotas, *skinheads* y comunistas', una 'insípida conglomeración de inadaptados'".

La composición étnica y la extracción social del "pacificado" entorno se modificaron radicalmente en los años 90. Una nueva población joven, de artistas bohemios, *hipsters* y familias de clase media blanca, colonizó rápidamente esta codiciada zona del este de Manhattan y el parque se convirtió en un lugar apacible y seguro, sede de coloristas, festivales de juegos infantiles y de música multiétnica.

El propio Smith describe, con marcado regusto sarcástico, ese nuevo paisaje idílico, común a muchos otros lugares hostiles "sometidos", que resulta de las aparatosas operaciones de "cirugía" urbana realizadas en aras de la regeneración integral de las zonas "infectadas":

"En tanto que nueva frontera, la ciudad gentrificada ha irradiado optimismo desde la década de 1980. Los paisajes hostiles han sido regenerados, limpiados, infundidos con una sensibilidad de clase media; las propiedades han visto crecer su valor; los yuppies consumen; el refinamiento de la élite se democratiza en estilos de distinción producidos de forma masiva. ¿Qué podría estar mal entonces?"

La cuestión crucial es, por tanto, que no estamos en absoluto ante un hecho puntual. Antes al contrario, la renovación y la "limpieza" de los "sitios con carisma", previamente abandonados a su suerte, mediante la expulsión de la población residente, siempre de extracción humilde, para convertirlos en lugares atractivos para los "yuppies y magnates inmobiliarios", se ha convertido en un fenómeno urbano global. El geógrafo Ibán Díaz Parra, en el texto "Miedo y asco en Sevilla", fija el *modus operandi* que desarrolla la violencia urbanística ejercida por los poderes hegemónicos en la ciudad neoliberal sobre las "zonas de sacrificio" que caen en sus garras:

"Los casos de San Luis, Triana y San Bernardo son paradigmáticos. Estos sectores tienen en común haber sufrido un largo periodo de decadencia urbanística, demográfica y social que ya se habría iniciado en la década de 1950, como correlato de la expansión de la periferia desarrollista (...). La mayor degradación y desvalorización permitirían *a posteriori* la generación de enormes plusvalías especulativas en la compra-venta de viviendas en la medida en que se revirtiera el proceso de decadencia".

El autor señala asimismo la sorprendente rapidez con la que la completa metamorfosis del barrio se ha producido: "Respecto a esta plaza, y con la vista puesta atrás, no puede dejar de sorprender cómo en algo más de tres lustros se ha conseguido convertir uno de los principales lupanares de Sevilla en una zona de moda para las clases medias progresistas, totalmente integrada en los circuitos turístico-comerciales de la ciudad".

Sin embargo, si bien en las últimas décadas se ha convertido en la tendencia dominante en los barrios céntricos de las grandes ciudades del norte global, el fenómeno referido no es en absoluto inédito. En un texto escrito nada menos que en 1872, Friedrich Engels lo describe detallada y premonitoriamente:

"En realidad la burguesía no conoce más que un método para resolver a su manera la cuestión de la vivienda, es decir, para resolverla de tal suerte que la solución cree siempre de nuevo el problema. Este método se llama Haussmann. Entiendo por Haussmann la práctica generalizada de abrir brechas en barrios obreros, particularmente los situados en el centro de nuestras grandes ciudades, ya responda esto a una atención de salud pública o de embellecimiento o bien a una demanda de grandes locales de negocios en el centro, o bien a unas necesidades de comunicaciones, como ferrocarriles, calles, etc. El resultado es en todas partes el mismo, cualquiera que sea el motivo invocado: las callejuelas y los callejones sin salida más escandalosos desaparecen y la burguesía se glorifica con un resultado tan grandioso; pero... callejuelas y callejones sin salida reaparecen prontamente en otra parte, y muy a menudo en lugares muy próximos. El resultado es que los obreros van siendo desplazados del centro a la periferia; que las viviendas obreras y, en general, las viviendas pequeñas, son cada vez más escasas y más caras, llegando en muchos casos a ser imposible hallar una casa de ese tipo, pues en tales condiciones, la industria de la construcción encuentra en la edificación de casas de alquiler elevado un campo de especulación infinitamente más favorable, y solamente por excepción construye casas para obreros".

Aunque resulte realmente pasmosa la clarividencia profética del compañero de Marx, la dinámica gentrificadora solo se convierte en una estrategia central del capital, centrada en el trasvase masivo de flujos de inversión financiero-inmobiliaria hacia el entorno construido, a partir del comienzo de la crisis crónica de los años 70.

El geógrafo y urbanista Pere López describe, sin eufemismos dulcificadores, en el subtítulo de su investigación pionera de 1986, las "estrategias del capital para la expulsión del proletariado del centro de Barcelona":

"La rehabilitación es la nueva fórmula del capital para reapropiarse de las rentas diferenciales del centro histórico. Ello mantiene las expectativas de expulsión del colectivo residente actual, en las que cumple un papel importante la auspiciada desintegración social de los barrios de Santa Caterina y El Portal Nou".

El propio autor contextualiza las nuevas "técnicas de producción del espacio urbano", como fuerzas contrarrestantes de la dinámica degenerativa de la acumulación de capital:

"Con la crisis del modelo de crecimiento, constatado en el segundo quinquenio de los 70, se replantean las técnicas de la producción del espacio urbano, de la construcción de nuevas viviendas se pasa a la rehabilitación y renovación de zonas enteras. De la ciudad expansiva a la ciudad existente. En esta coyuntura el centro histórico aparece, de nuevo, como territorio para la especulación; esta vez la expulsión de los residentes conjugará las tácticas de la previa desintegración de la comunidad para limar resistencias, con la renovación del barrio, cuyos efectos económicos consistentes en alquileres altos, pisos en propiedad y encarecimiento de los productos de primera necesidad no podrá soportar el componente

social actual de rentas bajas".

Si hubiera que elegir un símbolo de la inhóspita ciudad neoliberal, polarizada, terciarizada y turistificada, ese sería por tanto el fenómeno de la gentrificación. Bajo una coartada aparentemente benévola y armoniosa, basada en la necesidad de emprender una renovación completa de las áreas urbanas degradadas, se oculta la radical transformación de los barrios más "golosos", que se han vuelto "perversamente rentables", en aras de la maximización de las rentas del suelo y de la "modernización" del tejido comercial de la zona.

Ni que decir tiene que el proceso de "dignificación" del barrio incorpora siempre, como observa el antropólogo Jaume Franquesa en su [disección](#) de la reforma integral del centro de Palma de Mallorca, una potente cobertura ideológica. El edulcorado discurso "regeneracionista", que entona la cantinela de la mejora de la calidad de vida a través de la remodelación total de un área previamente estigmatizada, encubre sistemáticamente la motivación real, bajo una pátina demagógica consistente en proclamar a los cuatro vientos el "amor" por el barrio:

"Durante mi trabajo de campo, pude observar que en Sa Calatrava todo el mundo se pone el barrio en la boca. Vecinos, promotores, turistas y urbanistas utilizan la categoría nativa de barrio para enfatizar una cierta idea de comunidad, y no se cansan de repetir frases del estilo 'Sa Calatrava es (como) un pueblo' o 'Sa Calatrava es una (gran) familia'. Dado el papel crítico que la escala barrial juega en relación al urbanismo, estas estrategias tenderán a caer entre dos polos. O bien se conformarán a la definición paisajística, apoyando la producción del barrio como una arena apropiada para la extracción de plusvalías, o bien la desafiarán, oponiendo las relaciones vecinales y sus valores de uso a la geografía del capital".

He aquí pues lo que está en juego en estas operaciones de "cirugía" urbana. El relato embellecedor oculta vergonzantemente que las supuestas mejoras "paisajísticas" implican la expulsión de los vecinos de toda la vida y la incorporación de jóvenes profesionales cualificados, el desembarco de los denominados *expats* -"expatriados" de alto *standing*- y de familias nativas de clase media y elevado capital cultural: "Si usas gafas de pasta y te dedicas al diseño de interiores, este es tu barrio; antes era el mío"; "La gentrificación mata el barrio". De esta guisa rezan dos grafitis del barrio de Gracia, uno de los más intensamente gentrificados de la ciudad de Barcelona.

Todo el discurso machacón de promoción de la *smart city* y de la ciudad "creativa" tiene pues, como [describe](#) el economista Jamie Peck, la función principal de ocultar los efectos "perversos" de la implementación de la nueva imagen tersa y ordenada de los barrios regenerados:

"El desarrollo de políticas culturales y la creación de una imagen de ciudad, carente de conflictividad y poblada por una privilegiada y arduamente buscada 'clase creativa', entregada a engullir *capuccinos* en las terrazas calefactadas, definen un nuevo imperativo urbano: *be creative or die* (sé creativo o muere)".

La auténtica faz de la ciudad neoliberal, camuflada bajo eslóganes pueriles -v.gr. "Barcelona, ponte guapa"-, es en realidad la ciudad gentrificada, aseada y carente de

conflictividad, entregada al consumo conspicuo y a la promoción de su marca para competir en "atracción de talento" o perecer en el intento:

"Ser creativas o morir", así resumía Christopher Dreher el nuevo imperativo urbano: 'Las ciudades deben atraer a la nueva clase creativa con barrios modernos, vida artística y un ambiente tolerante con los gays o acabarán como Detroit'".

El omnipresente discurso de la multiculturalidad y la diversidad, como virtudes supremas de la ciudad "creativa", refleja en realidad una uniformidad social pequeñoburguesa, encubierta bajo el frívolo refinamiento y el esnobismo de la ciudad escaparate:

"Como Smith ha señalado, crear mezcla social supone siempre trasladar clases medias a zonas de clases trabajadoras, nunca a la inversa".

Nada más lejos por tanto de la realidad que el discurso vacuo y naïf de los urbanistas neoliberales y de los políticos y «emprendedores» encargados de la promoción de la "marca de ciudad". La razón de fondo que explica la marea gentrificadora del último medio siglo es mucho más prosaica. El antropólogo Marc Morrell *formula*, basándose en el pionero trabajo de Smith, la hipótesis teórica clave para entender el proceso:

"La hipótesis del 'diferencial de renta' es una de las más convincentes. Ciertas clases realizan el diferencial que se da entre la renta del suelo capitalizada, el valor existente de un lugar, y la capitalizable, el valor potencial del mismo lugar si estuviera destinado a los 'mejores usos posibles', a menudo producto de un 'trabajo' llevado a cabo por los recién llegados. Desarrollos posteriores hablan de la necesidad de conseguir antes 'el uso peor posible' con el fin de que el diferencial sea mayor; por ejemplo, mediante la creación de una 'geografía del mal' susceptible de estigmatización".

El propio Morrell ejemplifica la hipótesis del diferencial de renta en el caso del barrio viejo de Palma, "rabiosamente" gentificado en las últimas décadas: "Se trata de la misma historia de siempre. Hace falta degradar y derrumbar un barrio para poder especular sobre sus ruinas. Y, en este sentido, el caso de Sa Gerreria ha sido paradigmático".

La fuerza contrarrestante del agostamiento ineluctable de la rentabilidad del capital, que **representa** la masiva extracción de rentas del circuito secundario financiero-inmobiliario, se fundamenta, en fin, en la maximización especulativa de plusvalías mediante el volcado de ingentes caudales de inversión en las zonas más golosas de los entornos urbanos previamente degradados.

La perversidad del proceso se agudiza, como **señala** amargamente David Harvey, al constatar los efectos indeseables que pueden tener las bienintencionadas luchas populares por la mejora de la situación y del bienestar de su barrio. Tratando de crear un entorno "interesante y estimulante", que mejore las condiciones de vida de los vecinos, en realidad lo que provocan, involuntariamente, es un aumento del "diferencial de renta" y del potencial gentificador que les acabará expulsando del barrio:

"Un grupo comunitario que lucha por mantener la diversidad étnica en su barrio y se esfuerza por protegerlo frente a la gentrificación puede encontrarse de repente con que los

precios (e impuestos) de sus propiedades aumentan a medida que los agentes de la propiedad inmobiliaria ofrecen a los ricos el 'carácter' multicultural, animado y diverso de su barrio (...). Esta es seguramente una explicación mucho mejor de la auténtica tragedia de los bienes comunes urbanos en nuestra época. Quienes crean un entorno vital interesante y estimulante lo pierden ante las prácticas depredadoras de los promotores inmobiliarios, los financieros y los consumidores de clase alta carentes de imaginación social urbana. Cuanto mejores son las cualidades comunes que crea un grupo social, mas probable es que se vea asaltado y caiga bajo el ímpetu de intereses privados sedientos de beneficio".

De este modo, la construcción de zonas verdes, carriles bici, áreas pacificadas o incluso mejores equipamientos educativos, sanitarios o deportivos se convierte, inopinadamente, en la coartada perfecta para el asalto furibundo del capital financiero-inmobiliario, sediento de plusvalías y carente de "imaginación social urbana".

El resultado final es muy diferente, como refiere Harvey, al paisaje idílico que previamente se dibujó. Las zonas que antes eran lugares de convivencia de las clases populares, donde las calles eran sitios de reunión y prevalecía el sentimiento de compartir unas condiciones de vida precarias que incitaban a la solidaridad, devienen enclaves inhóspitos y privativos donde el consumo conspicuo y el desarraigo campan por sus respetos:

"Sin embargo, muchos barrios de clase obrera experimentaron una dramática 'pérdida de vitalidad' a medida que los yuppies recién llegados montaban rejas de metal en sus puertas y ventanas, repudiaban el uso de las calles como lugares de encuentro, enrejaban las entradas de sus viviendas y echaban a las personas indeseables de 'sus' parques".

El geógrafo Agustín Cocola [señala](#) asimismo la emergencia de una abrupta "regentrificación", añadida a la original y causada por la irrupción de la industria extractiva del turismo masivo, como propulsora de la fulminante expulsión vecinal y de la destrucción de los restos del tejido comunitario barrial:

"El resultado de esta regeneración urbana es siempre el mismo: Si en Barcelona el acoso inmobiliario para que inquilinos sin recursos abandonen sus casas a fin de que sean gentrificadas ha sido una constante desde la década de 1990, el turismo está contribuyendo a la extensión de esta forma de violencia urbanística, provocando, además, una regentrificación, de manera que los primeros gentrificadores son desalojados en favor de nuevos usuarios con mayores ingresos".

Empero, la crudeza del asalto del capital financiero-inmobiliario sobre la inclemente ciudad neoliberal, que simboliza la gentrificación, no es en absoluto, como señala asimismo Smith, un fenómeno aislado, sino que extiende sus "territorios de caza" por toda la geografía urbana:

"En la década de 1970, la gentrificación comenzó a transformarse claramente en un entramado residencial integral en el marco de una reestructuración urbana mucho más amplia. A medida que buena parte de las economías urbanas del mundo capitalista desarrollado experimentaban una dramática pérdida de puestos de trabajo en el sector industrial, al tiempo que un incremento paralelo de la provisión de servicios, del empleo en el ámbito de las finanzas, los seguros y los servicios inmobiliarios, toda su geografía urbana

sufriría una análoga reestructuración".

El «melanoma» de la mancha suburbana

"Cuando se han suprimido las calles (desde Le Corbusier, en los 'barrios nuevos'), sus consecuencias no han tardado en manifestarse: desaparición de la vida, limitación de la 'ciudad' al papel de dormitorio, aberrante funcionalización de la existencia. El tiempo pasa a ser 'tiempo-mercancía'. La calle reglamenta el tiempo más allá del tiempo de trabajo y lo somete al sistema, el del rendimiento y del beneficio. La calle ya no es más que la obligada transición entre el trabajo forzado, los esparcimientos programados y la habitación, en cuanto lugar de consumo"

Henri Lefebvre

La nueva geografía urbana neoliberal, alumbrada por la metamorfosis degenerativa de la estructura económica capitalista, configura unas "zonas de frontera", como señalan López y Rodríguez, cada vez más marcadas:

"En definitiva, el tremendo poder invasivo de la asociación entre ciclo inmobiliario y financiarización de las economías domésticas ha acabado por producir una ciudad a su imagen y semejanza. La gentrificación de los cascos urbanos, el *middle class flight* a los nuevos suburbios búnquerizados y la relegación de los 'pobres' hacia las viejas periferias obreras, conforman los escenarios principales de una geografía urbana de fronteras sociales cada vez más marcadas".

De este modo, el complemento perfecto -pese al abismo existente entre ambos paisajes- de los barrios gentrificados y turistificados sería, como refiere Smith, el vuelo de las clases medias hipotecadas hacia el anodino suburbio búnquerizado, sembrado de urbanizaciones con piscina y calles desiertas:

"Si bien es cierto que la gentrificación y la reurbanización de los centros urbanos implicó un cambio total en términos geográficos, estos procesos representan una clara continuidad con las fuerzas y relaciones que dirigen la suburbanización. Al igual que la suburbanización, la remodelación y la rehabilitación del centro y de las zonas urbanas deprimidas funcionan como un importante motor del beneficio".

La masiva urbanización del extrarradio de las grandes metrópolis capitalistas encarna por tanto el suculento filón -potenciado además con la connivencia incestuosa de las administraciones públicas- para los flujos de capital financiero-inmobiliarios, en pos de hacer realidad el sueño "húmedo" de la clase media "aspiracional".

La descomunal extensión de la "mancha suburbana" en la piel de toro, producida fundamentalmente durante los años de "vino y rosas" de la burbuja inmobiliaria, no deja de resultar a todas luces impresionante:

"En conjunto, en las dos décadas que median entre 1987 y 2006 se habría construido tanto suelo 'virgen' como desde el Neolítico hasta 1986. En el marco de esta inundación masiva de las construcciones humanas sobre el territorio destaca principalmente la expansión, ya mencionada, de la mancha suburbana".

Los PAU -Programas de Actuación Urbanística- son el símbolo del modelo de urbanización "desparramada" desarrollado en las periferias urbanas españolas durante el boom del ladrillo. Se trata de los denominados "instrumentos de la planificación urbana integral", que establecen el modelo de desarrollo completo de nuevos barrios en el extrarradio metropolitano y que proliferaron como setas durante la década de locura urbanizadora que precedió al batacazo de 2008. Sanchinarro, Las Tablas, Montecarmelo, Ensanche de Vallecas... todos ellos en la periferia de Madrid, cada uno con decenas de miles de pobladores, representan el símbolo del asalto desaforado al territorio característico de la edad dorada del "España va bien".

"La España de las piscinas" es la metáfora que da título al libro del periodista Jorge Dioni sobre el estilo de vida, insípidamente pequeñoburgués, dominante en los PAU. La fuente de inspiración, extraída de un relato del novelista John Cheever, refleja, mejor que cualquier minuciosa descripción académica, el carácter monocorde de la urbanización neoliberal:

"Se trata de un tipo que regresa de una fiesta a su casa borracho cruzando todas las piscinas de su urbanización. Ned Merrill, pensó, podría rodear Madrid de piscina en piscina: Pozuelo, Boadilla, Villaviciosa, Parque Coimbra, Arroyomolinos, Loranca, Moraleja... Incluso atravesar el país entero: de Isla Canela (Huelva) a Empuriabrava (Girona). Esto último es una exageración; pero solo de momento".

El rasgo distintivo de los PAU es, por tanto, su condición de clones intercambiables, que fungen como refugios de confort donde se consuman los proyectos de vida, profundamente tradicionales, de la clase media hipotecada. El propio Dioni señala el insulso tono mortecino -en agudo contraste con la exuberante "excitación" de la multiculturalidad de los barrios gentrificados- y plúmbeo de la vida en la urbanización con piscina:

"La vida en el extrarradio es sinónimo de aburrimiento. Se debate sobre las ciudades gentrificadas y turistificadas, los barrios abandonados o la España vacía o vaciada, pero la ciudad dispersa apenas ocupa espacio periodístico o narrativo más allá de los tópicos".

La segregación espacial se acentúa hasta el paroxismo en estos recintos videovigilados, aislados enclaves de seguridad y privacidad -en ocasiones incluso sin servicios ni equipamientos suficientes- donde, como relata el propio Dioni, prima el repliegue defensivo hacia la intimidad del hogar y la desconexión del resto de zonas urbanas "peligrosas":

"El modelo PAU, la ciudad dispersa, crea un estilo de vida individualista y competitivo, ya que favorece las soluciones particulares, el aislamiento y el repliegue. Se trata de la plasmación física de un modelo económico basado en la desigualdad, que se consolida y perpetúa a través de la desconexión entre las diversas clases sociales".

Se trata, en fin, como señala el historiador y teórico urbano Mike Davis, de "mundos aparte", una copia desvaída y carpetovetónica del colorista y cinematográfico *american way of life*:

"Estos 'mundos aparte', por utilizar la terminología de *Blade Runner*, se conciben frecuentemente como réplicas urbanas y morales de los que se encuentran en el sur de California".

Esta urbanismo "por fragmentos", cual islotes presuntamente autárquicos, conlleva asimismo, como señala Pere López, una radical transformación ideológica de la antigua clase obrera de la Transición, subyugada por la "cadena de oro" de la hipoteca y vacunada contra cualquier veleidad antagonista:

"Este crecimiento desorbitado de las ciudades dormitorio pretende también, y a la vez, una integración ideológica de las clases trabajadoras, al utilizar la vivienda como mercancía, pues con la compra de ésta por los trabajadores persigue, aparte de la interiorización de las pautas del sistema, frenar las luchas obreras dentro de la fábrica, al sujetar al nuevo propietario a la necesidad perentoria de satisfacer los plazos de pago estipulados".

La función domesticadora de la deuda cuasivitalicia que representa la hipoteca es pues, como [explica](#) también Pablo Carmona, clave para conformar una atmósfera sociológica intensamente conservadora:

"La hipoteca representa, efectivamente, un doble papel que le permite ser el vehículo de una comunidad de intereses políticos y económicos con un fuerte acento de clase: 1) realiza el objetivo político de sujetar grandes franjas de población a la propiedad y 2) realiza el objetivo económico de vincular a las familias a los mecanismos de extracción de rentas por parte del sector financiero".

El propio López describe asimismo el "retraimiento de lo social" hacia la burbuja de la familia nuclear que genera el proyecto vital basado en la hipoteca y el adosado con piscina, emblemático de la clase media "aspiracional":

"La familia nuclear, como institución cerrada y autosuficiente, se apropiará de aquellas funciones y contactos que antes se buscaban en la ciudad, y la vida cotidiana, que en tiempos se desarrolló en la calle, fuera del hogar y fuera del lugar de trabajo, se ha ido excluyendo de las ciudades por la expulsión del pueblo soberano de la calle. La estabilidad de la familia y la paz en la fábrica quedaron estrechamente unidas en un acto, en principio tan ingenuo, como la compra de la casa".

La muerte de los lugares comunes, la supresión de las calles como lugares de encuentro y socialización y la privatización absoluta del espacio y del tiempo implican obviamente la completa hegemonía del vehículo motorizado, el gran fetiche de la megalópolis capitalista:

"Del garaje de casa, al trabajo; de casa, al centro comercial; de casa, al colegio; de casa, al entrenamiento de los niños. Coche, coche, coche".

Miguel Amorós [resalta](#) gráficamente el carácter de "lugares muertos", sin historia ni conflictos, de las clonadas urbanizaciones de la mancha de aceite suburbana:

"La actividad a la que sus habitantes dedican el mayor tiempo es circular, ir con el coche desde su suburbio dormitorio al trabajo o al centro comercial. El espacio urbano es ahora un espacio sin conflictos, sin sucesos, donde nunca pasa nada; un espacio sin pasado, y, por lo tanto, sin historia. Lo que define a la conurbación es el espacio circulatorio, el asfalto, que abarca prácticamente todo el espacio no construido. Un espacio donde se puede ir de un lado a otro sin tocarse, pero donde los encuentros son imposibles; un lugar muerto en el que

se deshacen la libertad y la historia".

Ni que decir tiene que este desparrame descontrolado de la "conurbación difusa", propulsado por la connivencia corrupta entre las administraciones públicas y los agentes financiero-inmobiliarios, es una bomba ecológica, que el economista y experto en urbanismo Jose Manuel Naredo [compara](#) con la evolución descontrolada de un melanoma.

Un estilo de vida ecocida y destructor del territorio, que resulta mucho más exigente en recursos y pródigo en residuos y en múltiples daños ecológico-ambientales que los previamente existentes; que exporta los impactos a las zonas de sacrificio del Sur global y que encarna la antítesis, como [señala](#) Rubén Martínez, de una ecología integrada:

"Una producción urbana diseñada para circular de manera masiva con transporte privado y que necesita cantidades enormes de energía, especialmente eléctrica y combustibles fósiles, así como de materiales, ya sean alimentos, agua, arena o bienes de todo tipo (...). Todo esto ha avanzado guiado por una apuesta ciega por el urbanismo por fragmentos, totalmente inverso a una ecología integrada".

Empero, el tiempo no tardó en demostrar que la vorágine "urbanicida" de la descomunal burbuja inmobiliaria y la ilusión de estabilidad del modelo de "keynesianismo de activos", fundamento del sueño de prosperidad y de estabilidad vital de las clases medias, no eran sino vanas quimeras.

La resaca de la burbuja: un espacio social "agonístico"

"El modelo de rentas de alquiler había sido apenas un sucedáneo del keynesianismo de precio de activos basado en el crédito, del capitalismo popular y de la figura del propietario acoplada a las largas fases de espectacular crecimiento del valor de los inmuebles. La recuperación posburbuja no levantó nada parecido a lo que se produjo durante los años dos mil. En una situación de incomparecencia de una vía de acumulación de capital capaz de generar un horizonte de progreso, cualquier modelo de generación de rentas tendía a convertirse en un espacio social agonístico, esto es, en un juego de suma cero con ganadores y perdedores"

Emmanuel Rodríguez

La expansión, cual metástasis de cemento y asfalto, de la urbanización masiva de las periferias, base del "ciclo virtuoso" del modelo de crecimiento de la parasitaria e improductiva economía de la piel de toro, se vino abajo como un castillo de naipes ante la primera sacudida tectónica del espasmódico capitalismo financiero. El estrepitoso estallido de la burbuja inmobiliaria en 2008 cortó en seco la "estampida" de las clases medias al extrarradio y agrietó, quizás para siempre, el pilar maestro que sostenía el bloque hegemónico del sistema de poder político y económico vigente.

El fin del espejismo de la revalorización *sine die* del ladrillo -"la vivienda nunca baja", era el mantra que impregnaba la sabiduría popular- reveló la verdadera faz de la alquimia financiera en la que se fundaba, como [describe](#) Rodríguez, la fantasía de la seguridad del proyecto vital de amplias capas de las clases trabajadoras:

"En los veinte años que median entre 1986 -primera incorporación a Europa- y 2008, el año del comienzo de la gran crisis de la financiarización, la estructura de ingresos y los fundamentos del comportamiento económico de la sociedad española salieron profundamente transformados. En el centro de estos cambios estaba la patrimonialización de las economías domésticas, la alquimia financiera que fue convirtiendo la vivienda en algo cada vez más parecido a un bien de inversión".

Rodríguez traza los rasgos neurálgicos, totalmente dependientes del ciclo financiero-inmobiliario, de la clase media "real", el *core* ideológico de la sociedad de propietarios y la piedra miliar de la mayoría silenciosa que sustenta la paz social y el poder político vigente:

"Con el concepto, ciertamente poco preciso, de clase media 'real' nos referimos a ese 40 % de la población que durante los años del ciclo inmobiliario ha podido actuar más desde el lado de la renta y de la inversión que del lado del endeudamiento; a ese sector relativamente amplio que en buena medida se ha visto protegido del paro y de la precarización laboral por su posición privilegiada en el mercado laboral; que ha abandonado los espacios complejos de la ciudad tradicional por los nuevos ensanches suburbanos de las periferias residenciales; y que, en definitiva, compone el *core* ideológico de la sociedad de propietarios".

¿Cuáles son entonces las consecuencias del desencanche por abajo, vía proletarización y precarización, de una parte significativa de esa "clase media real", una vez cercenada la autopista de acceso a la propiedad inmobiliaria y a la consecución del proyecto de vida pequeñoburgués tras el colapso de 2008?

Las capas más prósperas de las clases propietarias se lanzaron, como señala Carmona, a la acumulación patrimonial, con la alfombra roja de las políticas públicas y de los privilegios fiscales que propulsaron el volcado de la riqueza privada hacia el ladrillo:

"España destaca también por ser uno de los países europeos con un mayor número de viviendas vacías y secundarias, más de tres millones de cada tipo, lo que supone el 35 % del parque inmobiliario. Sólo este dato es prueba suficiente de que aquéllos que se lo podían permitir han tendido a comprar no sólo su vivienda habitual, sino segundas, terceras o cuartas residencias que podrían ser transformadas en liquidez en periodos de dificultad"

De este modo, la abrupta hecatombe de 2008 provocó la apertura de una sima en el corazón de los "cuerpos medios", entre los que pudieron continuar actuando "del lado de la inversión y de la explotación del patrimonio", y los que vieron cerrada a cal y canto la vía de acceso al sueño "húmedo" propietario. En ello tuvo mucho que ver que la recuperación poscrisis de la prosperidad financiera de la parte superior de la clase media real se basó principalmente en el trasvase de viviendas al alquiler -poco más de 3 millones de viviendas, frente a un total de unos 26 millones-:

"El turismo y el incremento de la demanda de alquiler habían conseguido articular una nueva línea de defensa social de las clases medias; y estas la abrazaron sin remilgos".

Precisamente, en 2024 los ingresos por alquileres [batieron](#) el récord histórico y ya representan el rubro más importante de los rentas del capital, por encima de las inversiones

financieras -intereses de préstamos, fondos de inversión, bonos del tesoro, etc.- y de los dividendos repartidos por las empresas al accionariado.

Pero esta nueva configuración distributiva agrava asimismo la fractura interna de las propias clases medias a nivel generacional, ya que las nuevas cohortes quedan progresivamente excluidas del proyecto vital al que sus mayores habían consagrado sus desvelos y sacrificios.

El analista inmobiliario Ignacio Ezquiaga *detalla* esta conformación, crecientemente polarizada, de la nueva estructura del mercado inmobiliario, caracterizada por el cierre parcial del acceso a la propiedad de la generación *millennial* -nacidos a partir de 1985-:

"Se ha consolidado así una nueva desigualdad intergeneracional, que marcará la crisis del modelo residencial y del mercado de la vivienda en adelante, entre los propietarios históricos de las cohortes previas a la burbuja y los no propietarios -muchos, inquilinos precarios- de las posteriores. Si en 2011 un 70 % de los jóvenes con menos de 35 años poseían una vivienda, en 2020 este porcentaje descendía hasta el 36 %".

Se aprecia claramente, como expone Rodríguez, el carácter de propulsor de la desigualdad social de esta explotación secundaria, un modelo basado en el poder monopolístico de los propietarios como clase, frente al desvalimiento y la miseria creciente de los inquilinos, víctimas inermes de la extracción masiva de rentas de alquiler:

"La parte de la población empujada al alquiler se vio sometida a un típico proceso de extracción de rentas. Así, al lado del 14 % de hogares que recurría al alquiler con el fin de disponer de una vivienda apareció una cifra más o menos similar de hogares que percibían rentas de alquiler. En una tendencia que se había iniciado algo antes de la crisis, el número de hogares que obtenía rentas de alquiler pasó del 5 % en 2004 a casi el 14 % en 2018. Si se añade a esta magnitud lo que producía el alquiler de las 'viviendas de uso turístico', entre el 2,5 y el 3 % del PIB era drenado en concepto de rentas de alquiler de vivienda a los segmentos propietarios. No era una cifra despreciable".

El drenaje masivo de riqueza -con unos precios del alquiler, para más *inri*, exorbitantes- afecta además a un segmento social ya de por sí depauperado: las generaciones jóvenes, la mayoría con empleos precarios y mal pagados, y los colectivos de migrantes, un 70% de los cuales se ven abocados a un mercado salvaje, donde campa por sus respetos el "racismo inmobiliario".

Estamos pues ante un espacio social "agonístico". Un juego de suma cero, en el que la brecha entre ganadores y perdedores se agranda aceleradamente debido al crecimiento desquiciado de las rentas, que ensancha el abismo que reina entre los que sufren la pesada carga de tener que sufragar un techo y los que aumentan copiosamente sus caudales mientras duermen. Por no mencionar el "sálvese quien pueda" que representan los "prósperos" mercados de habitaciones, la plaga de los pisos turísticos de *Airbnb* o los ominosos *coliving*, el paradigma de la desesperación en la que desemboca la exacerbación de la violencia inmobiliaria.

De este modo -tan poco acorde con los mantras neoliberales del meritocracia, la ética del

trabajo y la cultura de la superación personal-, el vigente modelo rentista y parasitario, no hace más que reforzar la desigualdad estructural basada en la posesión de riqueza patrimonial.

Y el único asidero que sostiene la ficción de la reproducción social de la parte privilegiada de las clases medias, a la vez que evita la desesperación -recuérdese la erupción social del 15-M de 2011- de los jóvenes excluidos del sueño propietario, no es otro que la sacrosanta institución de la herencia.

Rubén Martínez resalta el potencial explosivo de esa brecha social y generacional basada exclusivamente en el azar de la pertenencia a una estirpe "afortunada":

"Aquello que definirá la medida de esta brecha es la herencia: quién recibirá una propiedad, o una ayuda familiar para acceder, y quién no. La realidad es que 7 de cada 10 inquilinos no esperan heredar ninguna vivienda y cada vez menos manos concentran más propiedades".

La vieja sociedad de las clases medias propietarias se escinde progresivamente, en definitiva, entre los ganadores, los que han podido mantener o incrementar su patrimonio y lo van a transmitir a sus agraciados descendientes; y, en el extremo opuesto, las legiones de trabajadores precarios, jóvenes sin patrimonio, migrantes, etc. que se ven abocados a una cada vez más angustiada "inseguridad residencial".

Tal escenario de fragmentación social no hace más que reforzar la segregación espacial entre las zonas urbanas "prohibitivas", donde el acceso a la vivienda queda reservado a las capas acaudaladas y, por otro lado, las abigarradas barriadas periféricas donde se hacinan los "perdedores", los excluidos de la "sociedad de activos".

¿Cuáles son las consecuencias sociales de este mosaico urbano "hecho jirones", fracturado entre las zonas "privilegiadas", receptáculos de copiosos flujos de capital, y las áreas degradadas, convertidas en "zonas de sacrificio" y en focos de "males sociales" y de precariedad habitacional y laboral? ¿Cuál es, en fin, el reverso lúgubre de la ciudad de los *brunch* y la ciudad de las piscinas, donde sobreviven los condenados a la lucha cotidiana por la subsistencia en el entorno despiadado de la ciudad neoliberal?

Las zonas de sacrificio

"Aquí vivimos una madre, tres hijos, una nieta y dos hermanos. Esporádicamente, esta noche hay dos sobrinos más. En total, nueve inquilinos que van a dormir en un piso de menos de 60 metros cuadrados en el barrio de La Torrassa, en l'Hospitalet de Llobregat"

La descripción previa corresponde a un artículo sobre los denominados -con no demasiada fortuna- "pisos patera", muy numerosos en las áreas urbanas degradadas de la periferia de Barcelona. En uno de ellos viven los miembros de la hospitalaria familia Caela, originaria de República Dominicana:

«'Siempre que llega un Caela es hospedado en esta casa', cuenta la hermana mediana, Charo, que asegura que en este piso han llegado a vivir hasta 12 personas (...). 'Cuando estamos todos no cabemos ni en el sofá ni en la mesa del comedor... iya no te digo si los

niños quieren jugar!".

Hace más de un año que Charo está tratando denodadamente de mudarse, pero el rastreo por los anuncios de las inmobiliarias es "una pesadilla": «Entre la comisión que nos cobra la inmobiliaria, la fianza, el pago por adelantado y el alquiler es una fortuna. No me lo puedo ni plantear. Con este precio me pago un piso en mi país (...). No podremos aguantar mucho más tiempo así".

La Torrassa y La Florida son dos minúsculos barrios del municipio de L'Hospitalet de Llobregat, contiguo a la ciudad de Barcelona. Ningún turista se hará *selfies* en sus atestadas terrazas ni sufrirán nunca un proceso de gentrificación. Se trata de las dos áreas con la mayor densidad de población de Europa: en menos de un kilómetro cuadrado viven casi 60.000 personas.

La zona ha sido, desde finales del siglo XIX, lugar de acogida de las sucesivas olas migratorias que arribaron a Barcelona al calor de las oportunidades de prosperar que ofrecía la "fábrica de España" y de la necesidad de escapar de la miseria y la dureza de la vida rural. Sin embargo, a partir de los años 70, la crisis de la industria tradicional y el final del "milagro español" provocaron el acusado declive de los barrios obreros tradicionales del "cinturón rojo" de Barcelona, con altos niveles de desempleo y una población cada vez más envejecida. La colosal burbuja inmobiliaria de los años 90 y 2000, con el relanzamiento del ciclo económico y de las oportunidades laborales, representó el propulsor de la última metamorfosis del barrio: los viejos pobladores -los más pudientes de los cuales vieron cumplido su sueño del pisito con piscina en la urbanización del extrarradio- fueron reemplazados por las nuevas oleadas migratorias, procedentes de América del Sur, el Magreb y el sudeste asiático. Actualmente, el porcentaje de población extranjera en los dos barrios frisa el 50%. Mientras tanto, los problemas crónicos de áreas que tienen la menor renta per cápita del área metropolitana -la cuarta parte de la del barrio de Pedralbes, el más rico de Barcelona, situado a solo dos kilómetros-, como *relata* el experto en la historia de la zona Ireneu Castillo, no hacen sino agudizarse: "la barriada está condenada a vivir de forma permanente en el eterno ciclo de la inmigración, la precariedad y el conflicto social".

Estamos pues ante la reaparición recurrente del amenazante espectro de las "periferias", el reverso tenebroso de la frívola "excitación" de los barrios gentrificados y de la anodina y enclaustrada mancha de aceite suburbana. Interminables suburbios "desordenados", "descontrolados", donde se acumulan todos los factores de fragilización económica y social: paro, endeudamiento, racismo, xenofobia, dependencia de unos servicios públicos cada vez más precarios, etc. Mientras que sus pobladores más "afortunados" se ocupan de las tareas que requiere el sostenimiento del confort de la ciudad opulenta -v.gr. Las legiones de cuidadoras de personas mayores que se desplazan a los barrios ricos-, el resto subsiste a duras penas de la economía sumergida, el asistencialismo o la pequeña delincuencia.

¿Cuál es, en fin, el delgado hilo que mantiene la precaria paz social en las periferias degradadas? ¿Qué ocurrirá cuando la próxima -y muy probablemente más virulenta- crisis del capitalismo terminal trunque el frágil equilibrio actual y empuje de nuevo a la marginación y a la miseria a las capas sociales más desvalidas?

El panorama que describe Emmanuel Rodríguez no es precisamente halagüeño: "La

abundante literatura sobre estas cuestiones, así como la comparación con otras ciudades, como por ejemplo París y Londres (...) apuntan a un panorama desolador. Guerra entre pobres, creciente competencia social por los recursos, desviación electoral hacia la extrema derecha, brotes racistas, explosión de la pequeña criminalidad como medio de supervivencia y autoprotección social de las minorías excluidas, formas cada vez más duras de gobernanza y control, etc. Todo esto es posible, e incluso probable en un futuro cuadro de crisis, devastación ecológica y violencia urbanística redoblada".

Los jirones deshilachados de la ciudad neoliberal, cada vez más polarizados, dejan no obstante en sus intersticios zonas de claroscuros, genuinos crisoles donde se reflejan los agudos contrastes que caracterizan la vida cotidiana en el corazón de la inclemente urbe. En ellos se entremezclan, codo con codo, quienes gozan despreocupadamente de las mieles de la ciudad-escaparate y los que pugnan por sobrellevar a duras penas la violencia cotidiana de la exclusión social y la miseria rampante.

Matar al Chino: ¿misión imposible?

"Cuando decían que iban a venir a vivir los pijos al barrio, nos moríamos de risa". El periodista Adrián Crespo [refleja](#) el pasmo que le produce a Marga, una vecina antigua del Raval de Barcelona, la drástica transformación sufrida por el barrio en las últimas décadas.

Marga sitúa el gran cambio en los años noventa, cuando empezaron a "esponjar" la zona, que es como según ella llamaba la oficialidad a lo que es llanamente "echar a los obreros".

El momento decisivo de esta operación de "higienización" fue la apertura a "golpe de piqueta" -conllevó el derribo de cinco manzanas completas y de centenares de viviendas- de la Rambla del Raval en el año 2000.

El objetivo de la "micropunción" urbanística en el corazón del barrio era introducir un injerto de regeneración urbana que contribuyera a extirpar la degradación crónica del Raval Sur. Inmediatamente le seguirían, para completar el "saneamiento" de la zona, la reforma integral de la Illa Robadors -con la demolición de otros 50 edificios y el *mobbing* "salvaje" contra los vecinos desafectos-, la construcción de un hotel del lujo, de 120 viviendas protegidas y del buque insignia del proyecto de revitalización: la Filmoteca de Catalunya.

La historia se repite. La inserción de lo que Martínez-Rigol, Carreras y Frago [denominan](#) un *cluster* cultural -similar al que se abrió en los 90 en el Raval Norte para contruir el MACBA y el CCCB-, en pos de conseguir un "barrio modernillo" y de extirpar la "geografía del mal", como coartada perfecta de la búsqueda de la revalorización inmobiliaria y la promoción turística y comercial de la depauperada zona.

Ni que decir tiene que las consecuencias para los infortunados vecinos del "despanzurramiento" *manu militari* del viejo Barrio Chino fueron devastadoras:

"La primera secuencia del [documental](#) 'Desde mi ventana', de Adèle O'longh, empieza con un hombre encaramado a un andamio que amenaza con suicidarse, en el número 29 de la calle d'En Robador. El señor en cuestión se llama Bienvenido y está a punto de ser desahuciado. En la pancarta que cuelga de la plataforma que ha improvisado en lo alto de la

finca puede leerse: 'Justicia. Especuladores fuera'. Él jura y perjura: '¡Llevo 44 años aquí y no le debo un duro a nadie!'. La gente en la calle responde: '¡Estamos contigo!'".

El dramático relato anterior pertenece al libro de Miquel Fernández "Matar al chino", un espléndido retrato histórico-etnográfico de la profunda remodelación sufrida por el barrio del Raval desde los años 90.

No se trata en absoluto de un barrio cualquiera, sino del corazón social de la fecunda historia de Barcelona. La cuna de la Revolución Industrial española, donde se instaló la primera fábrica textil que utilizó la máquina de vapor y que fue poco después destruida por los obreros; el lugar del nacimiento del movimiento obrero, socialista y anarquista, y el convulso escenario de las luchas sociales más importantes de los últimos dos siglos: las Bullangas, la primera huelga general española, la Semana Trágica, la huelga de la Canadiense y la revolución anarquista del "corto" verano del 36. Durante el franquismo, en un barrio "derrotado" -como lo describió uno de sus hijos ilustres, Manuel Vázquez Montalbán-, del que las fábricas tiempo ha que habían emigrado, se acentuó su turbia reputación como lugar de "desfogue" de los bajos instintos de rubicundos marineros estadounidenses y voluptuosos amantes de los placeres prohibidos.

En los años 90 comienza, al compás de la transformación estructural de la ciudad en el marco de la hegemonía de las políticas neoliberales -por mucho que, en este caso, fueran los sedicentes socialistas los que las aplicaran- y de la resaca de los fastos olímpicos del 92, la última mutación del barrio. En dos procesos paralelos, la aparatosa irrupción de la gentrificación fue coetánea de una radical renovación sociológica de las clases populares: el porcentaje de extranjeros pasa del 2,51% en 1986 a nada menos que el 52% en 2024.

Se trata por tanto de un barrio dual, escindido entre las zonas burguesas gentrificadas, colonizadas por jóvenes "aventureros", amantes de la vida bohemia y del *melting pot* multiétnico y, por otro lado, los guetos de inmigrantes, endogámicos y aislados por nacionalidades, que sobreviven con negocios precarios y sufren de acusado hacinamiento habitacional.

Era pues solo cuestión de tiempo que un "lugar maldito", estratégicamente situado y objeto del renovado interés regeneracionista por parte de las autoridades municipales y los planificadores urbanos, se convirtiera, como relata el activista Iñaki García, en "un pastel a repartir entre el gran capital nacional e internacional". El portavoz de Acció Raval, Ángel Cordero, se refiere asimismo al barrio como un "caramelo para inversores y lobbys turísticos".

Sin embargo, el proceso de gentrificación salvaje -la "micropunción", en la quirúrgica jerga de los urbanistas, para extirpar el tejido infectado- de la Rambla y de la Illa Robadors, ha tenido un resultado inesperado:

"Lo que pasa es que nos engañaron a todos, porque nos dijeron que la zona mejoraría, que construirían un Caprabo, que la calle cambiaría, que construirían también una Filmoteca al lado... pero la verdad es que no ha cambiado para nada".

El desaliento que reflejan las palabras previas de una vecina de los nuevos pisos protegidos

de la Illa Robador simboliza, como relata Fernández, la decepción de los que desembarcaron en el barrio confiando en ser los "pioneros" de la "higienización" de la zona.

"La gran mayoría de estos nuevos vecinos que podríamos asociar a las 'clases medias' se sienten traicionados por los promotores inmobiliarios y por la administración municipal. Se crearon enormes expectativas --reales o irreales-- con el aura de una supuesta ultramodernidad multicultural, que se esperaba surgiría tras la erección de la Rambla del Raval y la destrucción de gran parte de la Illa Robador".

La amarga e hilarante declaración, rezumante del clasismo de la peor especie, de un matrimonio de clase media recién llegado, exime de ulteriores comentarios acerca del realismo de las pueriles expectativas de los «intrépidos» pioneros:

"¿Sabes cuál es el gran problema? Que el nivel cultural de la gente que vive aquí es muy bajo. Esta gente está como los españoles de los años cuarenta. Para ellos escupir en la calle no es una cosa de otro mundo, para ellos es natural. Tú quédate diez minutos y verás cómo es la única calle que barren yo creo que tres o cuatro veces al día y siempre está sucia (...). Yo pienso que la única solución -aunque habrá gente que discrepe de lo que opino- es tirar abajo [sic] los pisos que están medio destruidos y construir nuevos. Y entonces sí vendrá mucha más gente, pero es que nosotros no sobrepasamos todavía el porcentaje, somos muy pocos".

Lo significativo de la expeditiva solución propuesta, como señala Fernández, son sus resonancias de la conquista de la nueva frontera urbana, de la necesidad de domesticación de un territorio hostil arrasando con todo lo existente: "lo interesante de la reflexión del nuevo vecino es su lectura de la situación prácticamente en términos coloniales o incluso bélicos".

En esas condiciones, no es de extrañar que algunos de los cándidos gentrificadores acabaran renunciando al pisito de protección oficial y abandonando cariacontecidos el indomable lugar:

"Me fui de la calle d'en Robador, del Raval, porque no podía más, porque hace 16 meses tuve una hija, porque no quería que se acostumbrara a lo que yo me estaba acostumbrando... No fue una decisión caprichosa, tampoco sencilla... Renuncié a un piso de protección oficial de alquiler precioso que solo me costaba 300 euros al mes iahora pago más de 900! (...). A ratos me agobio ino sé si podré sacar esto adelante! pero me tenía que marchar, de veras. En el fondo, siento que me echaron".

En realidad, como señala Fernández, el ejemplo solo muestra la imposibilidad de extirpar de raíz la pobreza, causada además por las mismas políticas que promueven la gentrificación, y el correoso apego a la supervivencia de los grupos humanos condenados a vivir de las migajas de la opulencia que les circunda:

"Como una carcoma, la interpretación sobre lo que ha pasado y está pasando en la calle d'en Robador pivota insistentemente sobre el hecho de que allí todavía vive gente trabajadora, pobre e 'inmigrante'. La llegada paulatina de turistas con mucho poder adquisitivo -gracias, en parte, a la propulsión del lujoso hotel Barceló Raval-; de profesionales, como los que

puede llegar a atraer la sede de UGT; de 'autónomos', instalados en los pisos de protección oficial de la Illa Robador; o la ubicación de 'centros culturales', como la sede del IEC o la Filmoteca Nacional de Catalunya, con cualidades que se esperan redentoras desde el punto de vista de las llamadas 'clases medias', aún no ha conseguido 'matar al Barrio Chino'. Es más, casi podríamos decir que lo ha resucitado".

El antropólogo Manuel Delgado, en el epílogo del libro de Fernández, describe el estéril intento de los "buenos ciudadanos" de "civilizar" y dignificar el barrio obviando "la vida que les rodea": "Gracias a los turistas y a las clases medias ávidas de 'vida de barrio' y ambiente 'multiculti' que irían a residir, la zona quedaría libre de la maldición con que había sido castigada desde siempre".

Sin embargo, el resultado fue muy distinto del deseado por los que creían que un "entorno de calidad" sería suficiente, por ósmosis taumatúrgica, para erradicar la "geografía del mal":

"En los nuevos bloques de protección oficial y en las plazas sin bancos, la gente cuenta y vive historias nuevas, que son las mismas de antes. Muchos miserables que antaño habitaron la zona se han mudado o extinguido, pero otros miserables -con otros acentos- han llegado en masa a hacinarse en su lugar. Hubo 'buenos ciudadanos' que intentaron civilizar el barrio y que se arrepienten ahora de haber tenido fe en el gran sueño barcelonés y se sienten acechados por la vida que les rodea (...). En los balcones, algunos de ellos han colgado pancartas donde se puede leer 'Queremos un barrio digno', como si aquel no hubiera sido un barrio digno, ahora quizás algo menos precisamente por su presencia".

Quizás lo que de verdad haga falta sea otra manera de entender lo que es realmente un barrio "digno" y otra forma de ejercer el papel de auténticos "pioneros" en la «conquista» de las fronteras urbanas. En última instancia, puede que nos quepa al menos, como refiere Smith al final de su espléndido libro, albergar la esperanza de que, en los intersticios de la despiadada ciudad neoliberal, entre la opulencia *snoob* de los barrios gentrificados, la grisura de la existencia en el reducto suburbano y la angustia y la precariedad acuciantes de los suburbios empobrecidos, emerjan formas de vida genuinamente "inteligentes". Injertos reales de innovación social creativa que pugnen por expandirse entre el alienante marasmo circundante:

"Si queremos ser fieles a la historia, si pretendemos, realmente, comprender la ciudad como una nueva frontera urbana, el acto más patriótico, y con el que debemos empezar, en tanto pioneros, es la okupación de viviendas. Es muy posible que en un mundo futuro también lleguemos a reconocer a los okupas de hoy como aquéllos que tenían la visión más inteligente de la frontera urbana".

<https://trampantajosyembelecos.wordpress.com/>

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/la-vivienda-como-lugar-de-1